

Luis levantó silenciosamente la cortina y apareció en el dintel de la puerta, lanzando por la estancia una mirada, que á su mujer le pareció recelosa.

Se adelantó algunos pasos, y de pronto se encontró delante de Margarita, en la cual no había reparado hasta entonces.

CAPÍTULO XIV

EL SECRETO

Ambos se contemplaron un momento en silencio, Luis con mirada distraída, Margarita con mirada inquieta. Aquel silencio era embarazoso para uno y otro. Luis quería decir algo y no sabía qué; Margarita quería decir mucho y no sabía cómo. Entrambos buscaban una palabra que rompiera aquel silencio, y por lo visto, ninguno de los dos la encontraba. Él fué el primero que habló, diciendo:

— Temprano te han dejado sola esta noche tus amigos.

— ¡Temprano!.. — exclamó ella. — Á la hora de siempre. Si nuestros relojes no van mal, son ya más de las doce... y ya sabes que á las once y media levanta Montero su partida de tresillo, hora en que las personas que me hacen compañía se retiran.

Luis consultó el medio cronómetro que llevaba en el bolsillo, y dijo:

— En efecto, son las doce y veinte...

Y encogiéndose de hombros, añadió:

— ¡Phs!.. No creí que era tan tarde.

— Eso me indica que has encontrado alguna distracción agradable...

— Sí, ¿eh?.. — preguntó Luis.

— Lo supongo — contestó Margarita.

— ¡Lo supones!..

— Pues..., y me alegro.

Rara es la mujer que va de frente al fin que se propone; les gustan los rodeos, prefieren los medios indirectos, toman cualquiera dirección menos aquella que conduce al punto adonde van. Esto es en ellas instintivo. No constituye en ellas un sistema de astucia, que la malicia del mundo les enseña; es un proceder espontáneo en su naturaleza; está en ellas como la humedad en el agua, el calor en la luz; la voz en la garganta y la mirada en los ojos. Es, como si dijéramos, el instinto de su debilidad, del que no se libra ni la misma inocencia... Semejantes á las mariposas, dan muchas vueltas antes de pararse en la flor que buscan. Margarita había resuelto provocar una explicación que disipara las sombras que habían invadido su alma; pero temía llegar al fin de su propósito... Se hallaba frente á frente de Luis, y huía de lo mismo que buscaba... Si él, adivinando el estado de su corazón, se anticipara á desvanecer las confusas dudas que la acometían, entonces habría sido la mujer más dichosa del mundo; mas, preciso es decirlo, Luis no parecía estar en el secreto de aquellas inquietudes, y no se advertía en él señal ninguna de que pretendiera adivinarlas.

Por otra parte, las sospechas de Margarita carecían de verdadero fundamento..., eran quimeras que la razón podía disipar, pero á las que la imaginación menos juiciosa daba calor, forma y vida... Y bien: ¿cómo presentar estas dudas?.. ¿Cómo formularlas?.. ¿Qué nombre darle á aquella inquietud que ella experimentaba?.. Si en realidad no tenía nada formal de que acusarle, ¿qué era lo que podía decirle?..

Su propósito no era tan difícil como le había parecido, y no obstante, su corazón necesitaba romper de algún modo el nudo fantástico que la oprimía. Luchaba, pues, con serias dificultades, mas no desistió de su propósito. La ocasión era propicia. Era preciso que Luis hablara, y ella encontrarla, al fin, el camino de sus palabras. Por de pronto,

dió una vuelta á la llave de su corazón..., y viendo que Luis volvía á encerrarse en su obstinado silencio, repitió su última frase, diciendo:

— Sí, me alegro... de que te distraigas..., de que salgas alguna vez del encierro del bufete en que vives... Es noble y hermoso lo que haces, mas es excesiva la tarea que te has impuesto..., y al fin, tu salud no es de bronce.

Luis, que se paseaba indiferente de un extremo á otro de la habitación, se detuvo delante de Margarita, dirigiéndole una mirada cariñosa y triste. Ella la recogió entera, y siguió diciendo:

— Comes poco..., apenas tomas parte en nuestras conversaciones..., siempre pensando en tus pleitos... No es un cargo que yo te hago, es una advertencia que me ocurre ahora, que casualmente hablamos de esto. Bien sabes tú que yo no te he dicho nunca nada..., y por mi parte, no te robaría jamás el tiempo que tan generosamente empleas... Eso es digno de ti..., los pobres te bendicen, y yo te admiro; mas, Luis, tu salud... Tu salud no es cosa que debes mirar con tanta indiferencia.

Oyó Luis este dulce sermón con afectuosa sonrisa, y acercándose á Margarita se sentó junto á ella y le dijo:

— No temas por mi salud. En realidad no trabajo más que lo que mis fuerzas alcanzan, y te aseguro que los negocios del bufete no han de matarme.

— ¿Estás seguro?..

— Sí — contestó.

— Piénsalo bien — añadió ella.

Luis miró á su mujer atentamente, como si quisiera sorprender en ella algún pensamiento oculto.

— ¿Que lo piense!.. — dijo. — ¿Crees que no lo sé?..

— Tú crees saberlo — replicó Margarita, — pero ¿no podrías engañarte?

— Esta vez no me engaño.

- ¡Ah, vanidoso! — exclamó ella.
 — No soy médico — replicó Luis, — y no obstante, puedo asegurar que mi salud es buena.
 — Bien..., pero...
 — ¿Pero qué?.. — preguntó Luis.
 — Una duda.
 — ¿Cuál?..
 — ¿No hay enfermos que creen gozar de buena salud?..
 — Podrá haberlos.
 — ¿Entonces?..

— Vamos — dijo Luis, — yo estoy á las puertas de la muerte sin saberlo... Ó lo que es lo mismo, me siento bueno, pero tú temes que voy á morirme.

Acompañó estas palabras con una sonrisa, que era á la vez afectuosa y burlona.

— ¡Ah! — exclamó Margarita. — Los hombres tenéis mucho talento... Todo lo sabéis, de todo estáis seguros; no hay quien os dispute la suprema inteligencia. En este punto, ¡cuán inferiores somos nosotras!.. ¿No es así, caballero?.. Y sin embargo, vosotros ignoráis muchas cosas, y nosotras adivinamos algunas... ¿Te parece demasiado excesivo este privilegio?.. Pues bien: te diré que si no las adivinamos, las presentimos. Vuestro talento todo lo sabe, nuestro corazón todo nos lo dice; vosotros discurrís y nosotras sentimos.

Margarita había conseguido tejer una conversación, al parecer indiferente, y Luis había caído en ella... Sin embargo, guardó silencio, tal vez meditando la respuesta que debía darle.

Viendo que él no replicaba, ella reanudó la conversación, preguntándole:

— ¿Estás convencido?..

— Sí — le contestó. — Mas permítame que me considere bueno y sano mientras no advierta algún síntoma que me indique el mal estado de mi salud..

— Tú eres muy capaz de morirte bueno y sano. Tú siempre te sientes bien, y esta vez no paso yo por eso.

— Perfectamente; me resigno, y sólo me falta saber qué dolencia es la que padezco, ó qué enfermedad es la que me amenaza...

— No la sé — replicó Margarita con la sonrisa en los labios y cierta inquietud en la mirada. — Pero dígame usted, señor mío, ¿por qué ha perdido usted el apetito?.. ¿No advierte usted que ha enflaquecido de algunos días á esta parte?.. Esas mejillas, que yo he visto siempre sonrosadas, ¿por qué palidecen?

Luis inclinó la cabeza, como si en efecto sintiera el peso de estas preguntas, ó como si quisiera ocultar su semblante á las miradas de Margarita, y moviendo la cabeza le contestó diciendo:

— Á pesar de todo eso, mi salud es excelente.

— Muy bien — replicó ella, — pero yo no quiero que deje de serlo. Tal vez tu autoridad de marido es la única autoridad en el mundo que en estos tiempos de rebeliones no ha experimentado aún contradicción ninguna, y te admiras de que yo me subleve. Pues sí, amigo mío, me rebelo contra tu inapetencia, contra tu silencio; y desde ahora me declaro en conspiración triunfante, y voy á dictar las órdenes más severas para que comas á dos carrillos y hables por los codos. ¡Qué quieres!.. Cuento con la opinión pública... Montero estará de mi parte... Serafín es mío... *Mari* secundará mis planes... Ya ves, estás solo, y no te queda más remedio que rendirte.

Luis cogió la mano de su mujer y estampó en ella un beso; Margarita respiró con ansia, como si aquella demostración de cariño y de respeto hubiera roto el nudo misterioso que oprimía su pecho..., y brilló en sus ojos un rayo de alegría, semejante al del sol cuando rasga las nubes que obscurecen el cielo. Aquel beso dulcemente estampado en

su mano tuvo la virtud de desvanecer la nube, que, como hemos visto, había ido formándose en su alma. Aquel beso equivallá para Margarita á un juramento de tierna fidelidad; fué, en fin, el iris de paz que serenó la tormenta de su corazón... ¡Ah! Luis no podía engañarla.

Después de besar su mano, levantó los ojos para contemplarla, y le dijo:

— Eres una noble criatura, y sé que todo lo sacrificarías por mi dicha.

— Todo, Luis — añadió ella.

— Lo sé, y sería una negra traición engañarte.

Estas palabras levantaron en el ánimo de Margarita una nueva inquietud.

— ¡Engañarme!.. — exclamó. — ¿Por qué dices eso?..

— Porque tu corazón ha presentido... ha adivinado que llevo conmigo algún pensamiento que me inquieta.

— ¿Y que me ocultas? — preguntó ella.

— Sí — le contestó.

— ¿Hace mucho tiempo?..

— No; hace pocos días.

— Y bien; ¿qué pensamiento es ese que te inquieta?

— ¡Ah! — exclamó Luis.

Mirólo Margarita de hito en hito, como si quisiera sorprender en sus ojos el secreto que su lengua rehusaba confiarle.

Después le dijo:

— La mujer discreta debe respetar las reservas que su marido guarda, porque no todo debemos saberlo nosotras, porque no todos los secretos de los hombres se pueden confiar á las imprudencias de las mujeres. Ya ves si soy razonable, y sin embargo, voy á hacerte dos preguntas, nada más que dos.

— Hazlas.

— ¿Me prometes no eludir las respuestas?



LUIS COGIÓ LA MANO DE SU MUJER Y ESTAMPÓ EN ELLA UN BESO

– Te lo prometo.

Esta vez fué Margarita quien asió la mano de su marido, y, estrechándola entre las suyas, se detuvo un momento como si temiera hacer la pregunta que iba á salir de sus labios.

Al fin dijo:

– Te veo desmejorado y triste, y sé que hay enfermedades sordas que minan la salud y acaban con la vida. Enfermedades incurables... Quiero decir, incurables cuando no se acude á tiempo. ¿Te sientes mal, Luis? Por Dios, no me lo ocultes.

– Te juro – le contestó – que mi salud es completa. Te lo juro.

– ¡Ah! – exclamó ella rodeándole con sus brazos. – Te creo. Sería una crueldad engañarme. Oye ahora mi segunda pregunta. Los tiempos son malos; el trastorno en que vivimos no puede ser más grande; no se oye hablar más que de desastres. Pues bien, dime: ¿hemos experimentado grandes pérdidas en nuestros intereses? Tú sabes ser rico, y yo he aprendido de ti á serlo; ¿no sabremos ser pobres?.. Vamos, dílo: ¿estamos arruinados? ¿Es eso lo que te inquieta?..

Hablaba así, dando á sus palabras el acento más cariñoso.

Luis le dijo:

– No..., no estamos arruinados. Hemos sufrido algunas pérdidas que son insignificantes, y he tomado mis precauciones para que no sean mayores... Aún somos ricos.

– ¡Entonces!.. – exclamó ella.

Luis la interrumpió diciendo:

– Eran dos preguntas las que ibas á hacerme; nada más que dos, y ya están hechas.

– Es verdad – añadió, – no tengo derecho á saber más.

– Tienes – replicó Luis – derecho á saberlo todo..., mas en realidad hay aquí un secreto que no me pertenece, y creo que no debemos hablar más de este asunto.

— Bueno — contestó ella; — renuncio á penetrar ese secreto que, al fin, no te pertenece; mas por escrupuloso que sea el sigilo con que pretendas guardarlo, no podrías privarme de que yo te asediara á preguntas hasta saber qué especie de inquietud es esa que te ha quitado el apetito, el sueño y la alegría. Creo que este es un secreto que á ti solo pertenece, y, sin embargo, no quiero saberlo. Hablemos de otra cosa.

En aquel momento dió el reloj la una, y Luis se puso de pie diciendo:

— Tú eres madrugadora y te estoy quitando el sueño. Puedes dormir tranquila.

Margarita se levantó á su vez, y con aire majestuoso se dirigió hacia la puerta de su dormitorio.

Luis la contempló un instante, y advirtió que no iba satisfecha. Entonces exclamó diciendo:

— ¡Ah, curiosa!..

Volvióse ella, y entrambos volvieron á encontrarse frente á frente. Él se le acercó y le dijo:

— Bien; tengo un pesar que me mortifica, que me asedia..., que me amarga la vida.

— ¡Un pesar!..

— Sí. El mundo se reiría de esta desazón que siento, llamándola ridiculez, necedad, extravagancia; pero yo le doy su nombre verdadero; es que no estoy contento de mí; es que me remuerde la conciencia... No te sonrías con bondadosa incredulidad; ciertamente no se trata de un crimen; pero he cometido una falta imperdonable; he incurrido en una ligereza, en una debilidad que no me perdono.

— ¡Tú!.. — exclamó Margarita.

— Yo..., es decir, mi presunción, mi vanidad.

— Y bien; esa ligereza de que tan duramente te acusas, ¿ha causado algún mal?

— Sí — contestó Luis.

— ¿Y acaso es irremediable?

Antes de responder á esta pregunta, miró atentamente á su mujer, y luego dijo:

— Es irremediable.

— Esta vez — dijo Margarita — no me fío de tus palabras. Eres demasiado severo contigo mismo.

— No — replicó Luis, — sé que me ha guiado un noble interés. Mas, ¡necio de mí!, por una imprevisión imperdonable he comprometido la suerte de una bella criatura, bien digna de ser dichosa.

La imagen de la hija del Americano apareció de nuevo en la imaginación de Margarita.

— ¿Y cómo te ha sucedido eso? — le preguntó.

— ¿Cómo? — exclamó.

— Pues, cómo.

— Yo mismo no lo sé. Me he dejado llevar por una alucinación inexplicable. He consentido que se alimenten risueñas esperanzas. En fin, una torpeza que acaso en sí no valga nada, pero que puede costar la felicidad de toda la vida.

— ¿A quién?..

— A una criatura en cuyo corazón ha puesto Dios los más vivos y los más delicados sentimientos.

Margarita frunció ligeramente la boca, quedó pensativa algunos instantes, y luego dijo:

— Ya..., es ese pleito de que tanto se habla. También ha llegado á mis noticias. Llegaste á creer que lo ganarías, y ahora has advertido que lo pierdes. ¿No es esto?..

— Sí, eso es; Valle-alegre puede estar seguro.

— Y la hija del Americano — añadió Margarita — tendrá que resignarse á las angustias de la pobreza, y, en verdad, no ha de serle agradable renunciar á la esperanza de...

Luis la interrumpió diciendo:

— De una riqueza de que fué despojado su padre y que

legítimamente le pertenece; mas no hay pruebas evidentes.

— He oído decir — añadió Margarita — que es muy joven y sumamente bella; es natural que sienta no ser rica.

Luis no replicó nada á esta observación, y ella siguió diciendo:

— Mas por mucho que lo sienta, no veo dónde está la grave falta de que te acusas; ni siquiera puede atormentarte el remordimiento de haberla empeñado en un litigio de mal resultado, puesto que, según tengo entendido, no hay tal pleito todavía. Comprendo que ella sienta este nuevo contratiempo de su suerte, pero tú...

— Ella — dijo Luis — desprecia las riquezas, y aun puedo añadir que las aborrece, y, en verdad, tiene motivos para aborrecerlas. Yo también llegué á presumir que abrigaba hacia la riqueza un amor excesivo; mas, aunque tarde, se han desvanecido, al fin, mis injustas sospechas.

— ¿Cómo? — preguntó Margarita.

— ¿Cómo?... descubriendo en su corazón un sentimiento que, en su naturaleza tierna y apasionada, puede costarle la felicidad de toda la vida.

La habitación en que Serafín tenía su pequeña cuna era dormitorio de Margarita; contigua á esta habitación se hallaba el dormitorio de Luis, unido y separado; unido por una puerta que los comunicaba entre sí, y separado por un tabique, que á la vez los incomunicaba.

Luis contestó á la última pregunta de Margarita desde la puerta de comunicación que abría paso entre los dos dormitorios. Casi vuelta de espaldas á su marido, hizo ella una nueva pregunta, diciendo:

— ¿Y quién tiene la culpa?

— Yo — contestó Luis.

Cuando Margarita volvió el semblante hacia su marido, y se quedó con la palabra en los labios, porque éste había desaparecido detrás de la puerta, su primer movi-

miento fué dirigirse al dormitorio de Luis; mas se detuvo exclamando en voz baja:

— ¡Para qué!.. ¿No sé ya bastante?

Después de un momento de reflexión, se dirigió á sí misma esta pregunta:

— ¿Qué debo hacer?

Meditó nuevamente, y luego añadió estas palabras:

— Sí, defenderlo, defender su corazón del peligro que le amenaza.

Luego levantó los ojos, clavándolos en un crucifijo que se destacaba en la pared sobre la cabecera de su cama, y cruzando las manos dijo con expresión fervorosa:

— ¡Dios mío..., ayudadme!